

ANEXO 3

Conferencia del Padre Henri CAFFAREL En la Reunión de los Responsables Regionales de Europa Chantilly, 3 de mayo de 1987



¿Nos apartamos durante unos instantes? El tema es importante: intentaremos penetrar un poco más en los pensamientos del Señor; para eso vamos a hacer unos segundos de oración.

¿Cuál es el carisma fundador de los ENS?

Ese es nuestro tema. Para hacerme comprender mejor, permítanme partir de un recuerdo. Hace casi veinte años, me encontraba en Roma, en la Comisión de religiosos, un organismo que supervisa orienta y dirige las congregaciones y órdenes religiosas de toda la Iglesia. Conversaba con uno de los eclesiásticos de esa Comisión, y me dijo: “Todos los años tenemos setecientos, ochocientos, mil peticiones de aprobación para la fundación de nuevas órdenes”. Quedé sorprendido con esa cifra y entonces el religioso, por cierto, un poco misógino, agregó: “Para hablar francamente, la mayoría de esas peticiones provienen de mujeres. Como no están dispuestas a ser novicias en una orden antigua, entonces fundan una nueva para ser Madres Superiores”. Y me aclaró que tales peticiones pueden ser clasificadas en tres categorías:

Las que presentan motivos o ideas que pueden ser totalmente discutibles, que son enseguida descartadas; las que poseen buenas ideas, muy edificantes para fundar una nueva congregación y que son sometidas a estudio y que probablemente serán autorizadas; y una tercera categoría, que son en las que desde el comienzo se siente la presencia de un carisma fundador. Pero eso, a ciencia cierta, nunca se puede percibir inmediatamente, sólo el futuro lo podrá decidir.

¿Entonces, qué se debe entender por “carisma fundador”? Es algo muy diferente de lo que es una buena idea, una idea edificante; es una inspiración del Espíritu Santo, que será la fuerza que conducirá a la institución en su desarrollo y que le permitirá cumplir con su misión. Existen grupos que en el comienzo tienen un carisma fundador, pero

que luego, con los años, va desapareciendo. La historia de la Iglesia nos da muchos ejemplos de ese tipo; y la razón de su decadencia es que los sucesores no fueron suficientemente fieles al carisma fundador a través de la reflexión y de la oración.

Aquel hombre de la Congregación de Religiosos agregaba: “Fue justamente por ese motivo que el Concilio pidió, insistentemente, a las órdenes religiosas y a las congregaciones, que hicieran un ‘aggiornamento’. Es decir, que intentaran una renovación, un renacer, a partir de la reflexión y de una investigación sobre las necesidades de sus miembros, para así ajustarse a las exigencias de los tiempos actuales y futuros”.

Por lo tanto, tres elementos están presentes cuando se emprende ese “aggiornamento”, como ustedes lo están haciendo después de 40 años: Primero, volver a los comienzos, porque a veces en el trayecto nos desviamos por causa de algunos obstáculos. Ese origen es lo que llamo carisma fundador. Hay algunas órdenes religiosas que se bifurcan en el medio del camino. Estoy pensando en una orden que conozco muy bien. Al principio era una orden de mujeres, fundada para la educación de niños pobres. Sin embargo, actualmente sólo tiene colegios para una clase social privilegiada. Es evidente que esa clase social provee más vocaciones que las que pueden proveer los niños pobres... He ahí un tipo de infidelidad al carisma fundador. Entonces, volver a las fuentes.

En segundo lugar, tener en cuenta las necesidades y los valores del período en el que nos encontramos. Cada período trae para la Iglesia y para la Sociedad nuevos valores; valores positivos y valores negativos. Es preciso considerar los valores positivos y las necesidades de los individuos. Y verificar en qué medida esos valores, que pensamos adoptar, se encuentran en la línea del carisma fundador. Hace algunos años, sucedió que algunos trapistas pidieron autorización a su superior para ser padres-operarios. El superior lo pensó y les dijo que eso no formaba parte del carisma fundador. Lo que no quería decir que menospreciara a los padres-operarios, sólo que los trapistas tenían otra vocación.

Tercero: volver a las fuentes, aceptar las necesidades y los valores actuales en la medida en que se los pueda adaptar, y después encarar una prospectiva. ¿En qué dirección debe estimularse al Movimiento a avanzar? ¿Siempre en la fidelidad al carisma fundador? Esa noción de fidelidad al carisma fundador es de capital importancia, pero es imprescindible no confundir ser fiel con estar inmóvil.

Pues bien, hoy después de cuarenta años, me atrevo a creer que en el comienzo de los ENS hubo un carisma fundador. ¡Pero, cuidado! No me considero inspirado, ni profeta, ni santo. Al comienzo no se sospechaba cuál sería el futuro. No se decía: “El Espíritu Santo me llevó a hacer esto”. Solamente hoy, después de cuarenta años, y ante el desarrollo de los ENS, pienso: en 1939, con los cuatro primeros matrimonios, hubo algo que no fue solamente una buena idea; fue algo más que un simple entusiasmo; aquel encuentro no fue un encuentro fortuito; la Providencia y el Espíritu Santo estaban allí de alguna manera. Ahora doy gracias al Señor, pero al mismo tiempo me hago una pregunta. Y voy a hablar de eso.

¿En el transcurso de estos años, qué fue bien comprendido del carisma fundador? ¿Qué, en ese período no fue bien comprendido? ¿Qué era imposible comprender, y qué se comprende mejor en la actual coyuntura?

Cuando, como ustedes pretenden, se propone un “aggiornamento”, es necesario respetar una gran ley. Y no solamente en los momentos decisivos, sino también en todo el transcurso de su evolución. Por un lado, respecto de los dirigentes, es

necesario que estén siempre en contacto con la base. Es por eso que, cuando una orden religiosa hace un “aggiornamento”, son consultados todos los miembros de la orden. Muchas veces el carisma fundador se conserva en la base con cierta pureza.

Pero, por otro lado, es preciso estar bien en contacto con la base para transmitirle lo que nosotros comprendemos, lo que la cabeza comprende. Siempre es muy grave cuando existe una distancia entre la cabeza y los miembros. Es un problema muy difícil, del que tomé conciencia en los ENS. Hubo un tiempo en el que yo estaba quince días, o todos los meses, en contacto con todos los matrimonios responsables. Evidentemente era un contacto muy directo. Pero después, poco a poco, se organizó una jerarquía y, en esas condiciones, el contacto es mucho más difícil de establecer. Sin embargo, es necesario buscarlo cueste lo que cueste. Ahora, entonces, la primera pregunta que les anticipé:

1- Lo que fue bien asimilado del carisma fundador

No puedo dejar de hacerles un relato de aquellos inicios. Era la semilla en la que estaba todo ese dinamismo que impulsó al Movimiento. Un día, en marzo de 1939, una mujer casada vino a hablar conmigo, y me preguntó si quería ayudarla a caminar en la vida espiritual. Acepté, por supuesto. Quince días después, me pidió que recibiera a su esposo, a lo que también accedí. Un mes después, los dos me preguntaron si aceptaba tener una reunión con otros tres matrimonios amigos, que se interrogaban sobre el modo de progresar en la vida cristiana. Eran cuatro matrimonios jóvenes de menos de treinta años. Dudé, porque había tenido una mala experiencia.

En una abadía, había acompañado a un grupo de scouts; hubo un debate, y ellos me hicieron la siguiente pregunta: “Padre, ¿nos podría hablar sobre el amor?”. Entonces, confiado en mis conocimientos de psicología escolástica, les dije: “Amar es querer el bien para alguien”. Fue un griterío: “¿Querer el bien? ¡Usted no entiende nada de eso!”. Tuve que batirme en retirada, diciéndoles que la cuestión merecía ser vista desde diferentes ángulos. Lo que no impidió que quedase un poco humillado por esta pequeña aventura. Entonces, cuando me enfrenté a esa propuesta de los matrimonios, me faltó el coraje. Pero, a pesar de eso, fui. Ellos eran representativos de las parejas jóvenes de aquellos años. Habían realizado una doble reconciliación. En primer lugar, una reconciliación entre el amor y el matrimonio. En esa época y en años anteriores, se repetía muchas veces una célebre frase: “El amor es una cosa, el matrimonio es otra”. Creo que fue Maurois o Mauriac quien escribió esa frase. Pues bien, esos matrimonios jóvenes, casi todos salidos de los Scouts, habían efectuado esa reconciliación: amor y matrimonio era una misma cosa. Ninguno había tenido aventuras sentimentales previas, el primer amor había sido su cónyuge. Y su matrimonio era un alegre amor.

Y habían efectuado una segunda reconciliación: religión y amor de Cristo es lo mismo. No sé si ustedes pueden imaginar cómo era en aquella época, y también algunos años antes, por ejemplo, como cuando yo estaba en secundaria: no se hablaba del amor de Dios. En Francia, aún estábamos muy influenciados por el jansenismo, y sería señalado con el dedo un cura que hablara del amor de Dios. Tuve la suerte de encontrar un director espiritual que me habló del amor de Cristo. Pero, en los medios católicos, todavía se debía realizar una reconciliación; aquellos cuatro matrimonios ya habían hecho esa reconciliación.

O sea que tenía ante mí matrimonios habitados por dos amores: el amor del cónyuge y el amor de Cristo. A primera vista, se podría pensar que tanto el amor conyugal como el amor de Cristo son amores totalitarios, intransigentes. Ellos mismos estaban viviendo una experiencia curiosa: esos dos amores, tan absolutos, se conciliaban

perfectamente en la vida espiritual, aunque les costara comprender cómo se realizaba esa conciliación del amor del cónyuge y del amor de Cristo. Y era eso lo que tanto ansiaban descubrir: cómo crecer en la santidad con esos dos amores en el corazón.

La primera reunión que tuvimos fue muy alegre, llena de expectativas, a partir de la enorme alegría de amarse y de amar a Cristo. Me presentaron treinta y seis preguntas, e inmediatamente perdí mis aprehensiones. Me sorprendí al sentirme tan a gusto. Y entonces comprendí porqué: hacía diez o quince años que yo vivía con Cristo una relación de amor; y al hablarme los matrimonios de su amor, descubrí que se repetían en sus vidas las mismas leyes que yo había descubierto en mi relación con Cristo. Las leyes del amor son iguales en todas partes. Y fue eso lo que me conquistó y entusiasmó inmediatamente. Nos íbamos a poder ayudar mutuamente: ellos iban a traerme la realidad concreta que vivían, y yo les llevaría algunas nociones de espiritualidad que poseía. ¡Cuántas veces me dije que, si en vez de encontrar esos cuatro matrimonios, hubiera comenzado mi ministerio en una parroquia, descubriendo el sacramento matrimonial en el confesionario, de ningún modo hubiera crecido así! Hubiera conocido las dificultades morales, las dificultades psicológicas, hubiera tenido una idea mucho más sombría de la unión del hombre y la mujer. Felizmente, comencé a interesarme por el matrimonio con ellos cuatro.

Otra idea que tuvimos desde el principio fue descubrir el pensamiento de Dios sobre el matrimonio y sobre sus realidades. Y con esto, pienso, entendimos uno de los elementos fundamentales del carisma fundador. Tanto es así, que hicimos una lista de todos los elementos que componen la vida del matrimonio y la vida de la familia, y resolvimos discernir sucesivamente la voluntad de Dios sobre cada uno de esos elementos. No sospechábamos que, cuatro meses después, se declararía la guerra, y que los cuatro matrimonios iban a dispersarse. Yo mismo partí para el ejército.

La segunda tendencia: ninguno de ellos tenía dificultad en pensar que su vocación era la santidad y que, la madurez del amor era la realización plena tanto del amor conyugal como del amor de Cristo. Y la reflexión los hizo descubrir enseguida, de un modo completamente nuevo, el sacramento del matrimonio. No como una simple formalidad, sino como una prodigiosa fuente de gracia, en que Cristo viene a salvar el amor enfermo desde el pecado original, trayéndole auxilio.

Otra cosa nos pareció importantísima. Provino de una mujer, durante una reunión en que estábamos rezando; porque en cada una de esas reuniones rezábamos espontáneamente; era una necesidad, sobre todo una necesidad de alabar a Dios por aquello que los matrimonios vivían y por lo que descubrían del pensamiento del Señor. Estaban encantados al descubrir que Dios tenía un concepto tan maravilloso del amor humano... Pues bien, un día, durante la oración, una de las mujeres se dirigió a Dios en estos términos: "Señor, te agradecemos por la alianza de nuestros dos sacramentos: el sacerdocio y el matrimonio". Pienso que esa reflexión tenía un gran alcance, y que forma parte de ese dinamismo del comienzo: la alianza del sacerdocio, que representa a la Iglesia, al pensamiento de la Iglesia, con los matrimonios que traen sus riquezas, sus necesidades, sus problemas; y la necesidad de diálogo, para que la enseñanza de la Iglesia no quede desconectada de las realidades concretas, sino que se esfuerce por corresponder tanto a las necesidades como a las aspiraciones de los matrimonios. Durante toda la vida de los ENS pusimos el mayor empeño con respecto a esa alianza de los dos sacramentos.

Hicimos cuatro reuniones. Y nada más. Pero fueron suficientes para decidir mi vocación. Por causa de esas reuniones estaba muy entusiasmado. Regresé en julio de 1940, después de huir tres veces de los alemanes; fui nombrado diácono de una

parroquia y enseguida me encontré con otros matrimonios a los que les conté la experiencia que habíamos tenido, y me pidieron hacer reuniones también con ellos.

El clima era muy diferente. Estaba la guerra, las restricciones, el sufrimiento, las amenazas, y a veces, la visita de la Gestapo a alguno de los matrimonios, siendo el marido enviado a un campo de concentración... Conservamos el entusiasmo que teníamos antes de la guerra, porque su fundamento era el pensamiento de Dios sobre el matrimonio, pero, al mismo tiempo, tomamos conciencia de que la vida no es un camino fácil. Entonces con mucha voluntad y tenacidad, intentamos profundizar en la doctrina del matrimonio, del pensamiento de la Iglesia sobre todos los aspectos del matrimonio. Nos interrogamos sobre la forma de vivir cristianamente las realidades conyugales y familiares. Y después ampliamos nuestra pregunta: ¿Cómo vivir, desde el sacramento del matrimonio, todas las exigencias de la vida cristiana? (creo que es lo más exacto). Y, sobre todo, nos pareció necesario, a cualquier costo, elaborar una espiritualidad para cristianos casados, porque evidentemente la enseñanza regular de la Iglesia y de los sacerdotes, para los hombres y las mujeres que querían santificarse, era elaborada por monjes y religiosos. Debíamos innovar en ese aspecto, porque de lo contrario, los matrimonios nunca llegarían lejos en el camino de la santidad si continuaban atados a una espiritualidad de monjes. Fue por ese motivo que, durante esos años de la ocupación, tuvimos la primera profundización de carácter doctrinal, teniendo la impresión de que nunca llegaríamos a profundizar el pensamiento de Dios sobre el matrimonio.

La segunda profundización, en esas circunstancias tan difíciles y a veces hasta dramáticas que ya expliqué, fue la de la amistad. Comprendimos que aquellas reuniones de matrimonios no tenían únicamente como finalidad ahondar en una doctrina, sino también que permitían crear lazos de amistad con fines solidarios, y así, esos grupos de matrimonios comprendieron que un aspecto de su vocación era la ayuda mutua. La ayuda mutua y la oración. Me acuerdo que la primera vez que uno de los maridos fue llevado por la Gestapo, esa misma tarde nos comunicamos por teléfono con los demás matrimonios, y decidimos ir a la casa de ese matrimonio a pasar la noche en oración. Las mujeres tenían camas y divanes, y los hombres nos quedamos en el living acostados en acolchados. Nos relevábamos durante la noche para orar en la casa de aquel matrimonio, cuyo marido, finalmente, regresó de la deportación. Esa necesidad de oración se nos reveló como muy fuerte, y fue a partir de entonces que ya no pude concebir una reunión de matrimonios sin oración. Esto ocurrió de 1940 a 1945. Varios prisioneros y deportados regresaron, otros desgraciadamente no volvieron. Los grupos se multiplicaron, se pusieron de moda.

Algunos venían con la preocupación de profundizar en el pensamiento de Dios, pero también estaban los que venían simplemente para encontrar amistades humanas y algunos hasta por esnobismo.

Sentí que esos grupos irían a desmoronarse si se conformaban con cualquier cosa en lugar de tener un ideal elevado. Era un cambio decisivo. Fue en ese momento cuando reflexioné y me pregunté: ¿cómo es que los religiosos caminan durante toda su vida hacia la santidad sin recaer, sin desalentarse y sin desanimarse? Porque tienen una regla. Y me vino al espíritu esta idea, en la que me detuve y hablé con los otros: “Si queríamos evitar una caída, o buscar caminos más fáciles, era imprescindible que tuviéramos una regla”. Fue en los años 1945, 46 y 47 cuando pensamos en la “Carta”. Enseguida, sin embargo, nos dimos cuenta de que si hacíamos eso nos arriesgábamos a perder un gran número de parejas. Y fue un hecho. El 8 de diciembre de 1947, en la cripta de la Iglesia de San Agustín, en París, en donde habíamos convocado a todos los matrimonios de la región (se había corrido el rumor de que se les iba a proponer alguna exigencia), un tercio de ellos nos abandonó. No aceptaron la

ley de la exigencia. Quedamos consternados, preguntándonos si no habíamos sido demasiado ambiciosos. Pero finalmente, en los siguientes años, descubrimos que justamente aquellos grupos de matrimonios que habían aceptado las exigencias continuaban firmes.

Hubo una explosión, una expansión inesperada por todo el mundo. Hubo grandes concentraciones, principalmente nuestras concentraciones de Lourdes y de Roma. Recuerdo muy bien que, en 1959, se cuestionó si “los Equipos de Nuestra Señora eran un movimiento de iniciación a la espiritualidad conyugal y familiar. Si así fueran, si fueran movimientos de iniciación, deberíamos dejarlos enseguida de que estuviéramos iniciados. Un niño no está toda la vida en un jardín infantil”. Y, efectivamente, sentíamos que los ENS corrían el riesgo de convertirse en jardines de infantes para adultos. Pero, entonces, ¿nuestro Movimiento no sería antes que nada un Movimiento de perfección? La respuesta, dada en el encuentro de Roma, fue que es necesario que los ENS sean al mismo tiempo Movimiento de iniciación y Movimiento de perfección. Es más sencillo: un movimiento de iniciación, un movimiento de perfección exige que se inventen reglas que permitan a sus miembros progresar en el camino. Es eso. ¿Será preciso resumir los elementos del carisma fundador, tal como se fueron revelando en el transcurso de estos años?

Lo haré. Veo siete elementos:

El matrimonio es una obra de Dios, la mejor obra de Dios.

El matrimonio tiene una alma, que es el amor. Olvidar el amor es condenar el matrimonio.

Los hombres y las mujeres no pueden ser fieles sin la ayuda de Cristo. Por eso Él creó el sacramento del matrimonio, que es necesario profundizar.

Los cristianos casados, tal como los otros, como los monjes, son llamados a la santidad.

Ese fue un descubrimiento bastante original, ya que aún no había ocurrido el Concilio, y fue allí donde se insistió mucho sobre la vocación de los laicos a la santidad.

La vida conyugal implica grandes riquezas, pero también grandes exigencias.

Es necesario e indispensable elaborar una espiritualidad para la pareja. No puede ser la espiritualidad del celibato o la del monje.

No se puede vivir todo eso sino con la ayuda de un Movimiento, que oriente los pensamientos y organice la vida cristiana.

Todo esto es lo que fue bien considerado del carisma fundador.

2- Lo que fue menos considerado del carisma fundador

Ahora quiero decirles lo que, según mi opinión, no fue considerado. En primer lugar: entusiasmado con esos matrimonios jóvenes tan llenos de amor, pensé que el amor era el gran factor de perfección y que era necesario decirles: “¡Sean fieles al amor!” No recordé que Cristo ofrece dos medios a los que aspiran a la perfección: el amor y la abnegación. Dios quiere la perfección del cristiano, la perfección del matrimonio quiere que el ser humano se vuelva perfecto, y esa perfección solamente se podrá alcanzar a través de la fidelidad al amor y a la abnegación; o sea: a la donación y a la renuncia de sí mismo. El amor y la abnegación son las dos caras de la misma moneda. No hay amor sin abnegación, y una abnegación que no sea de amor es imposible de practicar. Reflexionando sobre esta cuestión, comprendí que el Señor creó el matrimonio como el gran instrumento para desarrollar el amor, y como el gran medio que favorece la abnegación. Comprendí que la abnegación no debe estar al lado del amor, sino que la verdadera abnegación es justamente imponernos el compromiso de nunca dejar de amar, de vivir siempre en la actitud del “para ti” y nunca en la actitud del “para mí”.

Para caminar por el mundo, el Señor nos dio dos piernas. Para caminar por la santidad, el Señor nos dio dos medios: el amor y la abnegación. Me di cuenta, entonces, que había impulsado a las parejas a caminar sólo con un pie, siendo necesario avanzar con los dos pies, uno detrás del otro. No estoy convencido de que esto haya entrado bien en los espíritus de los Equipos de Nuestra Señora. El matrimonio es, pues, un gran instrumento de amor y de abnegación. De abnegación, precisamente para permitir el amor.

Me acuerdo del siguiente episodio: después de una conferencia sobre la espiritualidad conyugal, una mujer, que tendría unos sesenta años, vino hasta donde yo estaba y me dijo: “Muchas gracias, Padre. ¡Qué pena no haber conocido todo esto, mi marido y yo, cuando nos casamos! (me incliné complaciente). “Le voy a decir una cosa”. (Esperé una confidencia, me mostré respetuoso). “Puedo decirle todo. Pues bien, (cuando hablaba del marido era siempre “el coronel”, el coronel todo el tiempo) cuando me casé, el coronel estaba muy avanzado en la vida espiritual. Ahora puedo decir lo que sucedió: él pertenecía a la tercera orden franciscana y... (La confidencia salía con cierta dificultad) llevaba un cilicio. Pero en realidad era a mí a quien lastimaba ese cilicio”. Tuve la intención de decirle (pero reprimí esa pequeña maldad): “tenía compromiso con una mujer, que ya era bastante; no había necesidad de agregar un cilicio”...

Moraleja de la historia; la verdadera manera de morir a sí mismo, a ese viejo egoísmo que incesantemente nos atormenta, es amar, amar de la mañana hasta la noche, y nunca caer en el “para mí”, estar siempre en la actitud del “para ti”.

El segundo aspecto que no fue tratado con suficiente claridad: la sexualidad en el matrimonio. No la ignoramos, y esos matrimonios jóvenes tenían hasta una facilidad para hablar del tema de un modo muy natural. Pero, a pesar de eso, no ahondamos el problema, no profundizamos en el sentido humano y en el sentido cristiano de la sexualidad. No ayudamos lo suficiente a los miembros de los ENS a alcanzar la perfección en la sexualidad, la perfección cristiana en la sexualidad. Sentí eso de tal manera que, cuando proyectamos la peregrinación a Roma, en 1970, y cuando el Papa nos preguntó sobre qué tema deseábamos que él nos hablara, propuse que nos diera una charla sobre el sentido humano y cristiano de la sexualidad. Hasta preparamos una nota de treinta páginas sobre el asunto, que fue revisada por Pablo VI. Pero él me mandó decir: “La cuestión todavía no está madura. No puedo acceder a su deseo”. De cierta manera no lo lamentamos, porque nos regaló ese admirable discurso que todos conocemos. Para facilitar el trabajo de Pablo VI, habíamos lanzado un cuestionario, con unas cien o ciento cincuenta preguntas sobre la vida sexual de cada uno de los miembros de los equipos, con la garantía personal de respetar rigurosamente el anonimato, pero pidiendo franqueza en las respuestas. Recibimos más de medio millar de respuestas a ese cuestionario. Simplemente, como el Papa renunció a ese asunto, las respuestas quedaron durmiendo todos estos años. Fue el año pasado cuando me dije: “No es posible dejarlo dormir”, y comencé a examinarlo.

Ya leí, creo, unas ochocientas respuestas, y respuestas que tienen entre veinte y cincuenta páginas. No es un trabajo pequeño. Ha sido para mí un verdadero descubrimiento. Yo no era ningún monaguillo, había recibido varias confidencias de muchos matrimonios, pero no tenía una visión de conjunto de la vida sexual de las parejas, de esa categoría de parejas de los Equipos. Quedé conmocionado y continuó muy impresionado. Y espero que, si Dios me da vida, podré exponer mis conclusiones en un libro.

Lo primero que me impresionó muchísimo fue el mutismo de los padres al respecto. Una negligencia del 95%. Ustedes dirán: “Esas respuestas son de 1969, no son de

matrimonios de 1987". Dudo, sin embargo, que actualmente se haya progresado mucho en ese aspecto. Por lo tanto, mutismo de los padres, que quiere decir dificultad de la mayoría de los hijos, muchachos y muchachas, dificultad de la que no se animan a hablar, y como consecuencia sentimiento de culpa, muchas veces sentimiento neurótico de culpa. Me impresionan esas perturbaciones durante la infancia, esas conciencias perturbadas durante años, lo que significa noviazgos mal vividos, porque los padres no dicen nada y los curas tampoco dicen mucho más. Muchas veces los noviazgos son mal vividos porque los novios no saben exactamente, como ellos mismos dicen, lo que está permitido y lo que está prohibido. Un comienzo de la unión muchas veces catastrófica, que jamás me imaginé, porque de eso no se habla. La armonía sexual raramente alcanzada en el comienzo. Muchas veces es necesario esperar dos o tres años, a veces diez, quince años y, en muchos casos, nunca realizada. Ese cuestionario me reveló hasta qué punto es tan importante la armonía sexual.

De ese cuestionario también verifiqué que el sentido cristiano de la sexualidad es casi completamente ignorado por los matrimonios de los Equipos. Menos del 2% dan una respuesta verdaderamente rica a estas preguntas: "¿Cuál es el sentido cristiano de la sexualidad? ¿Cómo viven cristianamente su sexualidad?" Otra consecuencia de esto es que la mayoría de los matrimonios que contestaron (eso ahora está cambiando) tenía una gran preocupación en respetar lo que ellos mismos llamaban "la ley de la Iglesia". Difícilmente lo conseguían; la mayoría de las veces con mucha impaciencia y quizás con rebeldía. Pero no les interesaba la calidad humana de la relación sexual. Y al leer, estudiar y meditar sobre estas respuestas, comprendí que no puede haber una verdadera moral de la sexualidad si no hay una calidad de la sexualidad. Es en ese punto, donde reconozco que los de la Iglesia no son fieles a su misión. Se habla constantemente de la moralidad en el matrimonio, se dice lo que es permitido y lo que es prohibido, pero no se ofrece al cristiano casado ni un libro (¿no existe!... ¡díganme si conocen alguno!...), no se ofrece ni un sólo libro sobre la forma de (disculpen la expresión, que antes yo detestaba, que es un poco vulgar, pero que me parece importante) "hacer bien el amor", de vivir bien la relación sexual. Y así, los matrimonios cristianos y los otros, viven una sexualidad de bárbaros. Ahora no tengo tiempo de explicarles como evolucioné, gracias a las confidencias y preguntas que hice con la ayuda de algunas parejas. Lo que les digo, como algo que no se hizo y que se impone, es que es absolutamente necesario guiar a los matrimonios hacia la perfección humana y cristiana de la relación sexual. También minimicé, sin ninguna duda, la enseñanza de la Iglesia sobre el pecado original.

Tercer aspecto del carisma fundador, que me parece, no fue comprendido lo suficiente, pero que evidentemente sólo con el transcurrir de los años se podía comprender: la misión de los ENS. Porque los ENS tienen una vocación: su vocación es ayudar a los matrimonios a santificarse. Pero también tienen una misión en la Iglesia. Es necesario mantener constantemente estos dos aspectos: vocación y misión. Y ahora, después de cuarenta años, lo entendemos mejor. Y me atrevo a decirles algo que puede parecer una invitación al orgullo, pero que no lo es: la aparición y el desarrollo de los ENS en la Iglesia es un gran acontecimiento. Antes de 1939 no había grupos de matrimonios en la Iglesia. Había muchísimos grupos de individuos, pero de matrimonios no había. Era algo completamente insólito. Y no los había porque, precisamente los matrimonios no hicieron esa experiencia de la que les acabo de hablar. Un ejemplo: con el primer grupo que yo animaba, decidimos hacer un retiro. Fui a llamar a la puerta de las casas de retiro de los padres jesuitas: - "¿Podemos hacer un retiro en su casa?" - "¡Claro!" Pero después, reconsiderando: - "¿Habrán señoras?" - "Sí señor." - "Vade retro Satanás". Ellos nunca habían aceptado una mujer en sus casas. Entonces voy a tener que ir con las monjas del Cenáculo. - "¿Pero, habrá hombres? ... ¡Imposible!" Esa pequeña anécdota ilustra bien la novedad

de un movimiento de matrimonios. Y fue ahí cuando descubrimos un aspecto del carisma fundador que yo había ignorado bastante.

Al final, en la Iglesia, nada se veía más allá del individuo. Se actuaba como si el punto más alto de la creación, de la gran empresa de Dios al crear el universo, el supremo punto de la perfección de la obra de Dios, fuera el individuo. Olvidaban completamente estas líneas del Génesis: *“Dios creó el hombre a su imagen, a imagen de Dios Él lo creó, lo creó hombre y mujer y ellos serán una sola carne”*. El vértice de la pirámide no es el individuo, es el matrimonio. Este concepto es novedoso. El Movimiento debería obligar a la Iglesia a revisar su antropología y su concepción de las cosas. San Juan Crisóstomo, Padre de la Iglesia (que, dicho sea de paso, no fue consejero de los ENS), escribió esta pequeña frase: *“Quien no está casado no es uno, es la mitad de uno”*. Pero eso va más lejos todavía. El hombre y la mujer poseen la misma naturaleza humana, por lo tanto, son iguales; sin embargo, la poseen con modalidades diferentes, por lo tanto se complementan. Y los dos complementados, cuando se unen, forman esa entidad que es el matrimonio. El matrimonio es obra de Dios. Tuve esa intuición con las cuatro primeras parejas, pero en realidad no había analizado la cuestión: insistía más sobre el amor, sobre el matrimonio. Ahora bien, pienso que en la Iglesia no debemos conformarnos sólo en hablar de matrimonio y de amor, es necesario hablar de la pareja. Y en estos momentos en que es negada la diferencia entre los sexos, se hace aún más necesario hablar sobre este tema. Hace poco tiempo, fue publicado un libro de la esposa de un antiguo Ministro de Justicia francés sobre la “intercambiabilidad” del hombre y de la mujer. Esa es una de las grandes catástrofes de nuestro mundo, casi al término del siglo XX. Porque la sexualidad fue banalizada, la complementariedad es menospreciada, y es éste el estado de disolución de la sociedad: en quince años, los matrimonios en Francia pasaron aproximadamente de 450.000 a 225.000. Por lo tanto, atención a la manera en cómo hablamos de los ENS. Antes se hablaba de Movimiento de *familias* (“ménages”): ese término ya no me agrada; se hablaba de Movimiento de *hogares* (“foyers”): es un poco vago; la verdad es que se trata de un Movimiento de *matrimonios* (“couples”) y esa es la gran afirmación que debemos llevar a la Iglesia.

Un segundo aspecto de la misión de los ENS: antes de la aparición de los ENS (que ya les mencioné que fue de carácter revolucionario) era enseñanza habitual, que quien quisiera alcanzar la perfección, debía renunciar al matrimonio e ingresar a la vida religiosa. Fue lo que me dijo un cura, durante un retiro al finalizar mi secundaria. Y yo, en mi inocencia, le dije: “Entonces, si todos lo escucharan a usted, no habría humanidad, porque todos estarían o en la vida religiosa o en el sacerdocio...”. ¡En mi inocencia de los quince años, estaba convencido de que todos querían ser perfectos! ¿Qué es lo que dicen los ENS? Que es posible santificarse en el sacramento del matrimonio y por el sacramento del matrimonio. No voy a insistir en esto, porque lo saben muy bien. Pero es una nueva concepción de la santidad, que no es usual en la Iglesia.

Tercera revolución, si lo podemos decir así: antes de los ENS (y aún queda algo de esto en la Iglesia), había bastante maniqueísmo: es preciso liberarse al máximo de la materia y de la carne. No se estaba lejos de pensar, como Platón, que el cuerpo es el sepulcro del alma. Pues bien, con los ENS se consolida en la Iglesia que la sexualidad es un factor de santificación, siempre que sea asumida y evangelizada; y que el placer es una realidad santa, que forma parte del plan Dios y no debe ser puesta en duda, como lo entendían esas tristes espiritualidades que con tanta frecuencia encontrábamos antes. Esto nos lleva mucho más lejos: en toda nuestra vida en este mundo, los valores naturales no pueden ser despreciados; es necesario asumirlos, entre ellos figura la sexualidad como un valor típico. En estos tiempos es muy

importante comprenderlo, para impedir que la sexualidad pierda su sentido y para salvarla del erotismo, ya que actualmente vive una situación dramática.

Cuarta revolución: en mi infancia se cantaba: “Solamente tengo un alma, que es preciso salvar”. La santidad era un asunto individual. Nadie se salvaba en lugar del otro. Cada uno se salvaba a sí mismo. Ahora bien, los ENS dicen: la solidaridad es querida por Dios para que caminemos en la santidad. No nos salvamos solos. Esa es una novedad: la solidaridad entre los cónyuges y entre los matrimonios del Movimiento.

Quinta revolución. Nótese que uso la palabra “revolución” con una sonrisa en los labios: supongo que esa característica había sido ya vislumbrada. Antes, la santidad era muchas veces considerada como “cultivo de belleza espiritual”. Pero cuando hablamos de la santidad de personas casadas, nos acordamos de las palabras de Cristo: “El árbol será juzgado por sus frutos”; no por su belleza, sino por sus frutos. Cuando Dios nos presenta a Abraham, al que quiere transformar en padre de todos los santos, le muestra las estrellas del cielo y le dice: “esa es tu descendencia”. “Tu santidad será tu fecundidad”. Pues bien, eso es bastante nuevo en la Iglesia. No se trata de cultivar nuestra propia belleza, sino de participar en la evolución de la creación, que tiende a un objetivo final. Esta idea, la de la evolución del mundo y la necesidad de contribuir para eso, es muy contemporánea. Y el matrimonio permite comprender perfectamente eso: se trata de transmitir la vida, y no simplemente de esmerarnos en nuestra perfección personal.

Estos son los cinco aspectos, los tres aspectos que no habían sido percibidos convenientemente: resumiendo... Ya no encuentro mis papeles; ¡paciencia, ustedes se acuerdan!

(Está así en la transcripción original de la charla).

Hay algo que lamento, pero aquí entre nosotros, no acuso a nadie, no es para nada mi intención. Lamento que los ENS, en esta perspectiva de su misión, no hayan acompañado el proceso de los centros de preparación para el matrimonio. Esos centros tuvieron su origen en los ENS, pero muchas veces fueron poco cristianos. No creo que los ENS tuvieran que asumir la dirección de la preparación para el matrimonio, pero sí que deberían tener sus propios centros de preparación para el matrimonio, centros que sirvieran de referencia para los otros; precisamente a partir de la espiritualidad descubierta por ellos. Y lamento también que los consejeros conyugales, muchos de los cuales han salido de los ENS, no hayan sido formados ni apoyados por los equipos. Es por ese motivo que se apoyan más en la psicología de Freud que en la espiritualidad conyugal y familiar. Me gustaría que los ENS pudieran contar con consejeros conyugales que, sin ninguna clase de monopolio, consideraran la línea del carisma fundador.

3- Lo que no podía ser visto del carisma fundador

Hasta aquí les dije lo que fue considerado y lo que fue menos considerado. Ahora voy a decirles lo que no podía ser visto, y que sólo puede ser visto en la actual coyuntura. En primer lugar, en la actualidad es necesario partir desde más abajo. Ahora muchas parejas que no tuvieron una verdadera catequesis ignoran muchas cosas de la vida cristiana y satisfacen muy mal sus exigencias. Actualmente conozco algunos Equipos de Nuestra Señora en los que el esfuerzo consiste en conseguir que todos los matrimonios vayan a misa el domingo. Ese problema no se presentaba hace cuarenta años. Es un hecho. Se trata de un problema de práctica religiosa, pero sobre todo de una cuestión de formación religiosa. La deficiencia de la catequesis explica el hecho que haya parejas que, no obstante tener una formación cristiana insuficiente, deseen

entrar en los ENS. Y esto me recuerda lo que vi en otros tiempos en Brasil: allá, ellos habían instituido años de propedéutica, de preparación para la entrada a los ENS. Es necesario hacer algo. No tenemos el derecho de desamparar matrimonios que están en desventaja, tanto en el plano del pensamiento como en el plano de la práctica, pero que a pesar de eso quieren pertenecer a los ENS.

En segundo lugar, otra cosa que antes no podía ser vista y que ahora se comprende mejor: hay matrimonios que están en los ENS hace diez, veinte, treinta años y que sienten la necesidad de ir más lejos. Conozco equipos así, conozco parejas así. Algunos se confiesan conmigo desde hace cuarenta años. Y es maravilloso ver su evolución. Ahora, de la misma manera que es preciso comenzar desde más abajo, es aún más necesario ayudar a los que quieren ir más lejos. Y eso no es fácil. Es un problema que se le presenta a cualquier profesor en una clase: ¿vamos a nivelar por los alumnos medios, o vamos, al contrario, a presionar a los mejores para progresar, para formar hombres más instruidos? No sé lo que se debe hacer. No les doy respuestas. Pero es triste ver que existen matrimonios que, después de algunos años, se decepcionan con los ENS. Es cierto que, en el mismo Equipo de Nuestra Señora, hay parejas que no progresaron y que tienen grandes necesidades espirituales. ¿Qué hacer? ¿Cómo responder a esto? No sé, pero no se puede abandonar a los que quieren ir más lejos. Entonces, me planteo una cuestión, sin ningún preconceito. En los tiempos actuales, algunos de esos matrimonios, que aspiran a una vida más santa, son tentados por comunidades donde estarán con célibes, religiosas y sacerdotes.

Hace cincuenta años que veo parejas tentadas de fundar comunidades de matrimonios. Pero ninguna de esas comunidades, por lo menos de las que yo conozco, ha sobrevivido en el transcurso de estos cincuenta años. Me pregunto por qué. ¿No es significativo? La verdad es que aún hoy muchos se plantean ese mismo problema. No tengo una respuesta definitiva, pero confirmo lo siguiente: el matrimonio es esa realidad sólida, muy coherente, de la que les acabo de hablar; y la comunidad conyugal corre el riesgo de disolverse en una comunidad más amplia, sobre todo si ésta fuera muy exigente, principalmente si fuera una comunidad en la que se lleva una vida en común. Esa es mi experiencia. El matrimonio, en cierto modo, es y no es al mismo tiempo demasiado apoyado: hombre y mujer terminan teniendo su responsabilidad disminuida. Me pregunto si no estamos en presencia de una gran ley: el matrimonio es una sociedad, una comunidad que es necesario proteger, ante todo, pero que es autónoma. En los Movimientos de matrimonios (siempre que sea su vocación) las parejas, que viven en el medio del mundo, que viven al aire libre, encuentran algo que las fortalece. En los ENS ellas no se disuelven, no ven disminuida su responsabilidad.

¿Qué hacer entonces? ¿Qué responder a los que se preguntan eso? Llegamos aquí a lo que les dije hace poco. Tal vez la cuestión sea: ¿qué hacer para que, los que tienen preocupaciones espirituales más exigentes, sean ayudados en los ENS, y no busquen otro camino?

La cuarta cosa que hace cuarenta años no se podía prever: esa multiplicación de los métodos y procedimientos anticonceptivos. Esa es una transformación tremenda en los ENS, porque, si en otros tiempos la mayoría de las parejas tenía una gran preocupación de respetar la ley de Dios, actualmente muchísimos matrimonios de los ENS practican la anticoncepción, y eso me preocupa enormemente. No quiero tratar el asunto, pues llevaría mucho tiempo. Pero ellos practican la anticoncepción porque, como decía hace poco, no les enseñaron a las jóvenes parejas a comprender bien la calidad de la relación sexual; de ahí que la moralidad se les torna inaceptable. Se dice que cuando una persona transgrede la ley del Señor, pierde el estado de gracia.

Ahora, cuando en un Movimiento hay una gran proporción de sus miembros (no tengo una idea de cuál es la proporción, si de veinte, cuarenta o setenta por ciento) que ignora, que no quiere oír hablar de la ley de Dios, ese Movimiento se arriesga a perder el estado de gracia y va cayendo en la decadencia y la perversión.

Quinto y último punto, que no era lo suficientemente visto en el comienzo, ni lo podía ser, pero que lo es ahora: por favor, ayuden a los equipistas a envejecer bien, para poder morir bien y para vivir bien la viudez. Conozco muchos de esos amigos de la primera hora que continúan en los Equipos. Es necesario preocuparse mucho en ayudar a los mayores a progresar en la santidad. La vejez es una gran ventaja para avanzar en el amor de Dios. ¿Se hizo lo suficiente en ese sentido? Confieso que no sé; no conozco las publicaciones al respecto. Pero es preciso ayudar a los matrimonios a morir bien, y después ayudar a vuestro fundador a morir bien... Antes de la vejez y de la muerte, existe la jubilación. Me pregunto si los ENS hicieron lo suficiente para hacer descubrir el sentido cristiano de la jubilación, de ese tiempo de vida que es muy importante. Señalo eso, sin muchos rodeos. Y además de todo, está el drama del desempleo.

Los ENS ¿habrán hecho descubrir la manera cristiana de vivir el desempleo? Esto es lo que no podía ser visto hace cuarenta años y que hoy enfrentamos. Para terminar, quiero leerles una hermosa página, que alude a lo que les dije en el final. La publiqué hace un tiempo en el “Anneau d’Or”: Un hombre, ya anciano, resolvió escribir la historia de su matrimonio, con la intención de darla a conocer a su numerosa familia.

Antes de acabar el primer capítulo, consagrado al noviazgo, escribió un “post scriptum” de ese capítulo. Es lo que leeré: “Debería concluir aquí este capítulo, pero quiero agregarle aún algunas páginas. Serían superfluas si tuviera la seguridad de poder terminar la historia de mi vida. Pero ¿cómo imaginar, sin ser muy temerario, si tendré tiempo para llevar hasta el final la tarea que me propuse? Tengo setenta y siete años cumplidos. Ya que aún lo puedo hacer, y mañana tal vez no, quiero en la última página de este primer capítulo, rendir el testimonio que le debo a mi querida Susana. Ocho años más joven que yo, ella me va a sobrevivir. Que le pueda servir de algún consuelo leer acá, cuando yo ya no esté a su lado, lo que en la cercanía de la muerte pienso de ella. Ella construyó la felicidad de mi vida. Después de cuarenta y cinco años de vida en común, la amo más de lo que la amaba cuando me abrió los brazos por primera vez. Mi ternura por ella se transformó, al mismo tiempo, menos ardiente y más profunda. Todavía no nos dijimos todo el uno al otro. Los besos calmos, los abrazos sin violencia, despiertan los recuerdos de lejanas primaveras. Pero, sobre todo, nuestras almas se confunden en la misma fe, en la misma esperanza. Cuando cada año llega el día 6 de Julio, para mí es muy dulce y agradable repetir desde el fondo de mi corazón ese “sí” fatídico, de la misma manera que un religioso, siguiendo su vocación, renueva sus votos. No hubiera sido así, si mi Susana no hubiera cumplido, con una valentía que llegó a veces hasta el heroísmo, sus deberes de esposa y de madre.

Mis preferencias intelectuales, mi incapacidad para ganar dinero, mi desprecio por la vida social, mi pasión por los libros, y muchas otras de mis características, sin darme cuenta, ciertamente tenían la virtud de irritarla y entristecerla. Como me impuse la obligación de decir la verdad absoluta, no voy a escribir que ella no sufrió con todo eso, ni que nunca me censuró, ni que yo no sufrí al ver el disgusto que, contra mi voluntad le causaba. Pero ella mantuvo siempre, como el azul del cielo por encima de las nubes, la voluntad inalterable de hacer mi vida agradable y sensible a la ternura de su corazón. Me dio seis hijos, y me escribió todos los días siempre que nos separábamos. Me dio incondicionalmente, a pesar de todos los ataques exteriores y de todos mis defectos, su cariño reconfortante. Tiene siempre una sonrisa para mí. Y

esto lo hizo toda su vida, en la que los tiempos de enfermedad, de miseria física, de luto y de sufrimiento moral fueron casi tantos como los de salud y serenidad. Dejaré esta tierra con la certeza de que, durante todo el tiempo que me sobreviva, ella no dejará de rezar para que la puerta del cielo se abra para mi alma. Que Dios la bendiga y la recompense. Y que sus descendientes veneren su memoria.”

¿Cómo no desear que sea para todos así, y también para todos los matrimonios que ayudamos? No quiero extraer conclusiones. Les toca a ustedes hacerlo. No a mí. Mi papel es simplemente testimoniar. E instarlos a la fidelidad del carisma fundador y a la creatividad dentro de esa fidelidad. Pero, para terminar, quiero que noten una coincidencia. Resulta que ustedes celebran los cuarenta años de la “Carta”, en este año que el Papa decretó como Año Mariano. Saben que ese Año Mariano comienza en el próximo Pentecostés y termina en la fiesta de la Asunción de 1988. Pues bien, veo en esto una señal providencial, porque la fe en María, en su amor, en su intercesión, estuvo presente desde el comienzo de los ENS, siendo justamente por ese motivo que se llaman Equipos de Nuestra Señora. No fue por casualidad. Por eso los invito a renovar, ahora más que nunca, ese voto de confianza en la Virgen María, que presidirá el destino de los Equipos.

ECCE...FIAT.